

Pedro José de Clorivière

NOVENA
EN HONOR DE LA
SANTISIMA VIRGEN

El 1 de agosto de 1763, el P. de Clorivière escribía a uno de sus más íntimos amigos:

“Tengo que enviarle una novena que he hecho en honor de nuestra buena Madre. Le ruego encarecidamente que la haga y que comprometa a hacerla al mayor número de personas que pueda. La Reina de los cielos, rica en misericordias, lo recompensará con una liberalidad digna de su grandeza. Usted tiene la experiencia de eso, lo mismo que yo.”

Al enviar a su amigo el compendio de esos piadosos ejercicios, el P. de Clorivière, apoyado en la experiencia que ambos tenían, no había vacilado en darle la seguridad de que la Reina de los cielos le recompensaría con liberalidad por los homenajes que le harían por ese medio. Ninguna duda de que esta promesa haya estado plenamente justificada. En cuanto a él, escribía que “había recibido más de una gracia de la Santa Virgen a propósito de esta novena, y que la bondad de María hacia el más vil de sus servidores sería para asombrar.”

El 2 de octubre siguiente fue ordenado sacerdote. Era la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Ningún día podía agradarle más. Se apresuró a reconocer en esta feliz coincidencia una atención particular de su amable Soberana “y como una recompensa por la Novena que había hecho en su honor”.

Diez años más tarde, el 15 de agosto de 1773 el día de la Asunción, se iniciaba para todos los hijos de San Ignacio en la tristeza y en las lágrimas. Iba a tocar la hora del sacrificio supremo. El Breve de supresión, firmado desde el 21 de julio, estaba a punto de ser notificado al P. General y enviado a todos los Obispos de las regiones en las que aún subsistía la Compañía de Jesús. La Santa Virgen no olvidó a su servidor en este día de angustia y de duelo. Por un favor probablemente único, le proporcionó la felicidad de pronunciar los votos solemnes.

Al día siguiente, 16 de agosto, aparecía el Breve Dominus ac Redemptor, y el primer acto de obediencia que el Vicario de Jesucristo, usando la plenitud de su poder, pedía al nuevo profeso, era el sacrificio de esos mismos votos que amaba más que su vida. Pero, ¿qué importa, puesto que debía a su protectora el incomparable privilegio de estar ligado más estrechamente a la Compañía de Jesús y llevar en su corazón, al volver al mundo, ese recuerdo fortificante y pleno de encanto? La Providencia tenía también sus designios, pero aún estaban envueltos en un misterio profundo.

Ni el poder, ni la bondad de María se han debilitado. Por el contrario, parece que brillan cada día más en este siglo testigo de tantas maravillas, y que el P. de Clorivière, en una especie de inspiración profética, había saludado de antemano con el nombre de Siglo de María. ¿Por qué no esperaríamos a nuestra vez favores semejantes, si llevamos a los pies del trono de “nuestra buena Madre” la misma confianza filial y el mismo amor?

J. Terrien, S.J.

NOVENA EN HONOR DE LA SANTISIMA VIRGEN

Es el sentimiento unánime de los maestros de la vida espiritual, fundado sobre las máximas y sobre el ejemplo de Jesucristo, que las personas piadosas no deben, por obedecer a un simple atractivo, sobrecargarse con una multitud de oraciones vocales, sobre todo cuando sus oraciones de obligación son ya por ellas mismas bastante numerosas. Pero juzgan muy diferente de las prácticas interiores. Consideran que es muy útil ocuparse de una manera habitual de alguna consideración piadosa, que pueda - en medio de las ocupaciones de la jornada - fijar el espíritu en Dios, crear así en el alma en el interior de ella misma un ejercicio continuo de virtud, y mantenerlo en un estado permanente de fervor.

Sobre ese principio se ha compuesto esta Novena. No prescribe ninguna oración extraordinaria, sino se contenta con invitarnos a recitar con más fervor aquellas que tenemos costumbre de decir todos los días en honor de la Santa Virgen.

Consiste principalmente en un pequeño número de consideraciones que han parecido apropiadas para honrar a la Madre de Dios y reanimar nuestra devoción por ella. Se esforzarán por tenerlas presentes en el espíritu durante esos nueve días. Las personas que están acostumbradas a la oración mental podrán, si encuentran el tiempo libre, consagrar un poco más de tiempo que lo habitual en este santo ejercicio.

Después de la consideración, la novena indica una virtud especial a la cual será bueno aplicarse durante el día, a ejemplo de María. Viene luego el desarrollo rápido o comentario de un texto de la Sagrada Escritura y cuyo sentido es el de la consideración.

El ejercicio se termina por una oración. En esta oración felicitamos a la Santa Virgen por las gracias con las que ha sido favorecida y que acabamos de contemplar; nos refugiamos bajo su protección y le pedimos la virtud propia del día.

A fin de que nuestros homenajes sean mejor recibidos por María, los unimos a los de los santos ángeles. Nada será más agradable a esos bienaventurados espíritus, pues ellos tienen a gran honor, tener a María por Reina y saludarla con ese nombre es su placer.

El primer día, nos dirigiremos a los Ángeles del último coro, el segundo día, a los Arcángeles; luego a los Principados, a las Potencias, a las Virtudes, a las Dominaciones, a los Tronos, a los Querubines y a los Serafines.

La piedad de cada uno le dictará las otras obras que podrá escoger para atraer más eficazmente sobre sí las miradas de benevolencia de la Madre de misericordia.

PRIMER DIA

Las complacencias eternas de Dios en María; debemos felicitarla y alegrarnos por ellas.

“El Señor la ha poseído desde el comienzo de sus caminos... los abismos aún no estaban...”

Ninguna creatura había salido aún de la nada “y ella ya estaba concebida” en el entendimiento divino. Dios la consideraba por anticipado como unida al Verbo que debía revestirse de su carne. La divina Bondad aún no se había derramado al exterior por una comunicación inefable de sus perfecciones: las más altas “montañas” de la santidad “aún no habían sido establecidas sobre sus bases, y fijadas, por así decir, por su propio peso, y ya ella estaba concebida”; su formación estaba resuelta “antes que la de las colinas” que debían hacer, un día, uno de los más ricos adornos del cielo.

El Altísimo tenía una alegría infinita al contemplar en ella la más perfecta de sus creaturas, la obra maestra de su omnipotencia, la perfecta imagen de su Hijo.

El Padre veía en ella a su Hija bienamada, el Hijo a su purísima Madre y el Espíritu Santo a su castísima Esposa. Apenas estas tres Personas de la adorable Trinidad dieron el ser a los ángeles, las más nobles creaturas después de María, no pudiendo, según nuestra manera de concebir, retener por más tiempo ese rico tesoro escondido al interior de ellas mismas, lo manifestaron a las miradas de esos espíritus celestiales. Es la visión misteriosa de la que habla San Juan en el capítulo XII del Apocalipsis: *“Apareció una gran señal en el cielo, una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza.”*

Dejemos que nuestros corazones se dilaten y, a la vista de tantas maravillas, se abandonen a los dulces transportes de la admiración. Bendigamos a nuestro gran Dios por haberse dignado tomar sus delicias en una simple creatura. Felicitemos a María por este alto grado de honor. Imitemos a los santos ángeles. Esas bienaventuradas inteligencias han sido lanzadas en arrobamientos inefables al contemplar los prodigios de gracias que a Dios había complacido descubrirles en María y, desde ese tiempo, no han cesado de admirar en ella el poder y la liberalidad divinas. Los ángeles rebeldes, por el contrario, con el orgulloso Lucifer a su cabeza, plenos de rabia y de envidia al ver a una pura creatura, de una naturaleza inferior a la suya, dominarlos de tan alto, por los dones de la gracia y por la autoridad que da el título de Reina, se han vertido en blasfemias contra el Todopoderoso.

¡Ay! Puede suceder que haya hombres bastante esclavos del demonio y del orgullo para imitar ese triste ejemplo, para rehusar doblar las rodillas delante de María y rendirle homenaje. Es nuestro deber reparar por nuestro fervor los ultrajes que ella recibe todos los días.

VIRTUD

El horror al pecado a ejemplo de María.

El pecado solo puede desfigurarnos a los ojos de Dios. Concibamos tal horror por él que estemos dispuestos a sufrirlo todo antes que cometerlo, con propósito deliberado y con reflexión, incluso la falta más ligera.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Soy yo quien, de la boca del Altísimo, salí la primera engendrada antes de toda creatura.”

(Ecl. 24,5)

Estas palabras en su sentido propio y primitivo se aplican a Jesucristo; significan al mismo tiempo su generación eterna del seno de su Padre, y su predestinación como Hombre, antes que todas las creaturas. Pero en un sentido menos propio y secundario pueden aplicarse también a María, y entonces quieren decir que, en los decretos eternos, María estaba, en su calidad de Madre, unida al Hijo que debía nacer de ella, y que así ella estaba con él y a causa de él “preordenada antes que todas las demás creaturas.”

ORACION

Oh María, la más bella de las creaturas después de la Santa Humanidad de aquel que es al mismo tiempo el creador y la fuente de toda belleza, qué alegría para nosotros pensar que el Hijo de Dios y el vuestro por naturaleza os ha hecho entrar en participación de ese gran privilegio que le pertenece esencialmente de haber sido con él, durante toda la eternidad, el objeto de las complacencias de su Padre.

Sin ninguna duda, nada está oculto para Dios, él conoce todo; y como él es la perfección y la bondad por esencia, él ve y ama todas las cosas en todos los tiempos y antes de todos los tiempos. Es verdad sin embargo que, después de la santa Humanidad de Jesucristo, no tomó en ninguna creatura tanta complacencia como en vos. Digo más: si hubiera sido posible que algo dejara de ocupar su pensamiento, habría olvidado los mundos, pero no a vos, oh María, porque él os veía sin cesar unida al Verbo encarnado. Y tal era su felicidad contemplando esos dos objetos de una misma visión, que todas las otras alegrías, en comparación, pueden ser consideradas como pura nada.

Os suplicamos pues, oh creatura admirabilísima, por el amor eterno que Dios os ha tenido, por las complacencias que ha tomado en vos, por esta unión y esta semejanza que tenéis con su Hijo, recibidnos bajo vuestra protección y rogad al Señor por nosotros. ¡Ay!, con mucha frecuencia hemos sido los desdichados objetos de su cólera, hemos borrado los rasgos de su divina imagen en nuestra alma y roto nuestra unión con él. Por gracia, interceded en nuestro favor con esa voz que no conoce los rechazos. Obtenednos un tal horror al pecado que seamos garantizados por siempre del peligro de caer en él; haced que tengamos a pecho buscar en todas las cosas, a ejemplo vuestro, lo que más agrada a la divina Majestad. Así sea.

SEGUNDO DIA

La elección que Dios ha hecho de María para elevarla a la Maternidad divina; esta dignidad es tan grande que somos para siempre incapaces de estimarla en su valor.

Después de la unión hipostática, Dios no podía tener una más íntima unión con la creatura que la que decidió tener con María, encerrándose él mismo en su seno, tomando un cuerpo formado por su sustancia; en una palabra, escogiéndola por Madre. En virtud de la primera unión, un hombre vive en Dios, un hombre se convierte en una misma persona con Dios y es Dios mismo; en virtud de la segunda, una mujer, sin salir de la esfera de las puras creaturas, se eleva sin embargo por encima de ellas y deja entre ellas y sí misma un intervalo inmenso.

Exaltada no solamente por encima de todos los hombres, sino aún por encima de todos los coros de los ángeles, que ella domina como al infinito, colocada en un rango aparte, distinto del de los servidores, ella no ve por encima de su cabeza sino a la santa Humanidad de su Hijo y dirige como Reina a todo lo que no es Dios. Ella ocupa, por así decir, el medio entre la divinidad y la creación entera. El Padre eterno dice a su Verbo: *“Eres mi Hijo, te he engendrado hoy”* (S. 2,7), y el Verbo encarnado dice a María: *Eres mi Madre, me has dado la vida.*

Humillémonos ante la majestad de nuestra augusta Soberana y glorifiquémonos con el nombre de sus servidores. Ella nos adoptará por hijos y Jesús mismo querrá reconocernos por hermanos.

VIRTUD

La pureza del alma y del cuerpo, a ejemplo de María

Si alguna virtud fue más particularmente exigida a María para merecerle el honor de la Maternidad divina, fue sin ninguna duda la pureza. El amor que le tenía esta Virgen santísima es incomparable. Antes que sufrir el menor atentado a esta pureza estaba dispuesta a renunciar a la dignidad de Madre de Dios. A ejemplo suyo, no ahorremos cuidados ni penas para conservar en nosotros esta virtud sin ninguna mancha y para hacernos, en la medida de lo posible, semejantes a los mismos ángeles.

La pureza será para nosotros el medio más eficaz para obtener esa unión maravillosa con Dios que él nos invita a contraer con él por su Hijo Jesucristo, y que Jesucristo pidió tan insistentemente para nosotros la víspera de su Pasión.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Mi paloma es única, ella es perfecta; es la única de su madre, y la preferida de la que la ha dado a luz. Las jóvenes la han visto y la han proclamado bienaventurada; las reinas y todas las mujeres le han dado alabanzas.” (Cant.VI,8).

Estas palabras del Cantar convienen a María no menos propiamente que a la Iglesia, de la que ella es el miembro principal y el más bello adorno. María, debido a la elección que se hizo de ella para ser la Madre de Dios, fue, en un sentido muy particular, la Esposa del Altísimo. Ella fue una paloma debido a la pureza de sus pensamientos y de sus afectos, concentrados todos en Aquel que la había escogido. Ella fue una paloma también por su fecundidad maravillosa, que dio a luz a Jesucristo y que, en él y por él, dio la vida a toda la multitud de los cristianos. Ella es la creatura perfecta y la obra maestra de Dios, porque Dios ha puesto en ella todo lo que constituye sus delicias; es la única de su madre, es decir, en primer lugar de la Iglesia de los santos Patriarcas y de los Profetas que ve colmados sus deseos por ella, y luego de la Iglesia de Jesucristo que se glorifica más en ella que en todos sus otros hijos. Ella es escogida entre todas las creaturas, porque no ha habido ni habrá jamás alguien que le sea comparable.

Así todos los coros angélicos y todos los hombres deben reunirse para cantar y para exaltar su felicidad; pero en ese concierto de alabanzas deben distinguirse entre todos los otros aquellos que el divino Rey se ha unido más estrechamente y que ha colmado con más favores.

ORACION

Oh Virgen santísima, oh Madre de Dios, damos gloria al Señor por haberos escogido entre todas las hijas de Adán y haberos dado una pureza tan admirable. Por ella habéis merecido ser revestida de esta dignidad que sobrepasa todas las otras, tanto como el nombre de madre sobrepasa el nombre de esclavo y de servidor. No podemos contemplar, sin ser cogidos de asombro y sin quedar deslumbrados, el brillo de una grandeza que en cierto modo os somete a vuestro Señor y vuestro Dios, Aquel que los ejércitos del cielo veneran y adoran con temor y con un santo temblor.

Pero cuanto menos estamos en condiciones de comprender esta supereminente elevación, y estimarla como lo merece, más nos alegramos por vuestra felicidad, y más ponemos en vos nuestra confianza. Pues esta grandeza no es únicamente para vos, es también para nosotros. Al convertiros en Madre de Dios, os habéis convertido a la vez en nuestra Madre, pues no debemos hacer sino uno con Jesús, vuestro Hijo.

Oh María, os suplicamos, por ese magnífico y amable nombre de Madre, por la excelencia totalmente única de vuestra dignidad, por el poder del que gozáis junto a Dios, obtenednos ser los imitadores fieles de vuestra pureza, a fin de que tomando lugar entre vuestros verdaderos hijos, seamos dignos en esta calidad de sentir los efectos de vuestra maternal solicitud y de vuestra ternura, y estar por vos, oh Madre, estrechamente unidos a Jesús. Así sea.

TERCER DIA

Las gracias que Dios destinó a María en consideración a la elección que hizo de ella para ser la Madre de su Hijo, entre todas las creaturas, sólo ella conoce su multitud y su grandeza.

El orden y la sabiduría brillan maravillosamente en todas las obras de Dios. Habiendo escogido a la bienaventurada Virgen por Madre suya, se debía a sí mismo hacerla digna de esta incomparable dignidad, y en consecuencia enriquecerla con todos los dones que son compatibles con el título de simple creatura, pues no hay don que no sea inferior al de la Maternidad divina.

Asociada de esta manera al Padre eterno, Madre única de Aquel del que es el único Padre, María debía tener con él alguna proporción, al menos tanto como puede permitirlo la distancia esencial e infinita que separa a la creatura del Creador. Todo lo que aquí abajo puede concebir el espíritu débil y limitado de los hombres no es nada en comparación de los favores con los que fue colmada la Reina de las Vírgenes. Los ángeles mismos, en el seno de la gloria, no pueden abarcar toda su excelencia y toda su amplitud; es un misterio perfectamente conocido por Dios solo, quien ha derramado esas gracias en María, y por María, que ha sido inundada por su plenitud.

¡Qué ceguera pues, y qué temeridad impugnar a la Madre de Dios privilegios sobre los cuales el sentimiento de la Iglesia no admite ahora ninguna duda, su Concepción purísima e inmaculada, su ascensión triunfante al cielo en cuerpo y alma!

Esas prerrogativas de nuestra Madre, como hijos de María, creémoslas con amor y en la efusión de nuestros corazones; servidores celosos de su gloria, publíquemoslas por todas partes y seamos ardientes para defenderlas todas las veces que las ataquen en nuestra presencia y que lo pida el honor de María. Hagámonos una ley reconocer en ella todos los dones que, en el orden actual de la divina Providencia, no son comunicables a una pura creatura. Es un deber que su dignidad misma parece imponernos. Habría faltado proporción entre esta grandeza y los dones que la acompañaron si hubiera habido algunos que María hubiera podido recibir y que no los hubiera recibido.

VIRTUD

La pobreza de espíritu a ejemplo de María.

María practica esta virtud por el desprendimiento más completo, no solamente de todos los bienes temporales, sino también y sobre todo por el desprendimiento de los mismos bienes espirituales.

A ejemplo suyo, no nos apeguemos a nada, ni a los dones de Dios; deseemos únicamente que se cumplan en nosotros su voluntad y su deseo.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud.” (Eccl.24, 25)

Son las palabras de la Sabiduría; ante todo y en su sentido propio se aplican a Jesucristo, pero por extensión convienen también a la Santa Virgen y, de hecho, le son aplicadas por la Iglesia y por los Santos Padres. ¿No es ella la más perfecta imagen del Verbo encarnado? Por eso Aquel, en retorno por la naturaleza humana recibida de ella, ha querido asociarla, en toda la medida posible, a sus divinas prerrogativas.

Sí, en María, como en un amplio y magnífico canal unido a su fuente, se encuentra toda la gracia del camino, es decir, todos los dones que pueden embellecer y perfeccionar nuestro corazón, hacer nuestra vida más agradable a Dios; en ella están encerradas toda la ciencia y toda la verdad que deben adornar y enriquecer nuestro espíritu, pues ella posee esos bienes no solamente para ella, sino para nosotros, y así es verdaderamente para nosotros “la esperanza de la vida y de la verdad”. No lo dudemos, ella los dispensará liberalmente a todos aquellos que hagan un llamado a su bondad.

ORACION

Oh bienaventurada Virgen María, en quien la divina Majestad ha desplegado las maravillas de su magnificencia, no dejaremos de alabar a ese gran Dios por los dones que ha derramado como al infinito en vuestro corazón. Será nuestra felicidad contemplar con admiración, traer sin cesar a nuestro recuerdo, exaltar, defender, publicar por todas partes y con todas nuestras fuerzas tantas gracias y privilegios inefables que habéis hecho brillar plenamente para su gloria y la salvación del mundo.

Oh Madre de misericordia, lanzad sobre nosotros miradas de compasión; conmoveos de nuestras extremas necesidades y de nuestra indigencia. Es verdad, lo reconocemos con vergüenza, que es el triste fruto de nuestra tibieza y de nuestra cobardía, pero recurrimos a vuestra bondad; ayudadnos a levantarnos de este miserable estado y concedednos una pequeña parte de vuestras riquezas. Obtenednos al mismo tiempo el espíritu de pobreza, a fin de que nuestros corazones estén desprendidos de todo apego a las cosas creadas, y que así recibamos las larguezas de vuestras manos con un alma perfectamente pura y merezcamos marchar a vuestro seguimiento por los estrechos senderos de la perfección. Así sea.

CUARTO DIA

María maravilloso conjunto de todas las perfecciones angélicas y humanas: su belleza merece nuestro más ardiente amor.

Después de la Humanidad santísima del Salvador, María es la más hermosa obra salida de las manos del Altísimo; ella es el adorno de nuestra naturaleza, la gloria del universo, y un cristal purísimo que refleja los atributos divinos con más brillo que el resto de todas las creaturas.

Su cuerpo fue desde el primer momento enriquecido con todos los dones naturales con una profusión infinita y digna del fin sublime al que estaba destinado. Su alma, en cuanto fue creada y unida a su cuerpo, fue adornada también con todos los dones naturales y sobrenaturales con una liberalidad que no brilla en ninguna otra creatura. El alma de su divino Hijo es la única que debe exceptuarse, pues al estar creada para un fin mucho más alto debía, en la misma proporción, poseer dones de una excelencia incomparablemente más elevada.

El primer acto del alma purísima de María fue más agradable a Dios de lo que habían sido hasta entonces y lo serán jamás los actos más heroicos de los santos en el más alto punto de su santidad. Ella hirió desde ese instante el corazón de Dios por sus encantos y su belleza sin mancha. Dios se sintió inclinado hacia ella por un amor en cierto modo irresistible; no pudo negarse a los deseos inflamados de su esposa, y aceleró la gran obra de la Encarnación.

Contemplemos con santo respeto las perfecciones inefables de nuestra Reina. Sus atractivos han tenido más poder sobre el Corazón de Dios que la belleza de Ester sobre el corazón de Asuero; tuvieron la fuerza para comprometer al Padre Eterno a apresurar la ejecución de sus divinos decretos y revocar la condena a muerte contra su pueblo, enviando a su Verbo a la tierra. ¿No podrían suavizar la dureza de nuestros corazones y someterlos a ese amable imperio? La belleza y la virtud tienen el privilegio de hacerse amar, ¿A quién, después de Dios, debemos con más justicia pagar ese tributo que a María?

Así todos los justos que viven sobre la tierra o que sufren en el purgatorio, todos los santos del cielo y todos los coros de ángeles se apresuran a depositarlo a sus pies. Dios mismo da el ejemplo; es el primero en amarla con un amor inmenso, la ama sin duda menos que a su Hijo, pero incomparablemente más que a todas las demás creaturas. Sólo el infierno, los demonios condenados al infierno y con ellos los esclavos y las desdichadas víctimas de su tiranía están vacíos del amor de María. Ciego mil veces y más que insensato el hombre que vacilara todavía y no supiera si le conviene amar a María.

VIRTUD

La pureza de intención a ejemplo de María.

La pureza de intención es la que hizo tan agradables a Dios todos los pensamientos, palabras y acciones de María. El amor más puro y más ardiente los inspiraba y los dirigía. Pidamos a Dios ese poderoso medio de perfección; está entre sus manos. Con el auxilio de su gracia, haremos un santo uso de él y así nuestros menores actos se adornarán con una belleza y un mérito inefables a sus ojos.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Habéis herido mi corazón, hermana mía, mi esposa; habéis herido mi corazón por uno de vuestros ojos y por un cabello de vuestro cuello.”

La esposa del Cantar, sin perjuicio de los otros sentidos, puede muy bien tomarse por la Santa Virgen.; jamás ninguna creatura mereció mejor el amable nombre de esposa. Las palabras que se acaban de leer expresan al mismo tiempo los ardientes deseos por los que María llamaba la venida del Mesías al mundo y las alabanzas que ella misma recoge de la boca de su bienamado.

El Verbo eterno ha escuchado sus deseos; él se expresa como un hombre que el amor ha arrebatado y lo transporta. En dos ocasiones diferentes dice que está herido; es para expresar de manera más expresiva la violencia y la multitud de heridas que ha recibido; está herido en su corazón y en lo más íntimo de su alma. Por eso está impaciente por descender del cielo y unirse a su Esposa; se diría que su vida está amenazada por una muerte inminente y que no tiene otro medio para salvarla.

El la llama su hermana, debido a la similitud de naturaleza que debe tener con ella; y su esposa, debido a la unión de amor que ya ha contraído, testimoniando así por las expresiones mismas que la ternura le hace, por así decir, olvidar la distancia que los separa. El nombre de hermana marca la pureza de su amor, y el de esposa su vehemencia. La sucesión de palabras expresa por fin la causa de ello. Los ojos significan las acciones que son grandes y heroicas; los cabellos designan las acciones más mínimas. El Amado se complace en unas y en otras y sabe estimarlas en su verdadero valor; pero cada una de ellas es perfecta y la mezcla de ellas es de un valor admirable a sus ojos.

ORACION

Sois toda hermosa, oh la más pura de las Vírgenes, y jamás hubo mancha en vos. Habéis poseído todas las virtudes; todas vuestras acciones han sido tan santas y animadas por un tan vivo amor que han sido la admiración de los espíritus celestiales. Lo que comprendemos de ellas, aunque esté infinitamente por debajo de la verdad pues no son plenamente conocidas sino por Dios solo, sobrepasa todo lo que podemos decir de ellas y nos hace desear perteneceros y consagrarnos sin reserva a vuestro servicio. No nos rechacéis, os lo suplicamos, y no rehuséis defender nuestra causa. Obtenednos una tal pureza de intención que nuestras oraciones y nuestras solicitudes merezcan ser presentadas por vos, oh Virgen, a la divina Majestad; con el brillo que tomarán de vuestra propia belleza le agradarán con seguridad. Así sea.

QUINTO DIA

María cooperadora de Jesucristo en la obra de nuestra redención; sus beneficios nos obligan al agradecimiento más vivo.

Es imposible formarnos una justa idea de lo que debemos a la Madre de nuestro Salvador. Las oraciones que, desde el primer instante de su existencia, no dejó de hacer subir hacia el cielo por la venida del Mesías, el consentimiento que dio a la palabra del ángel, consentimiento del que Dios quería que dependiera nuestra felicidad, para enseñarnos cuánto debemos a María y cuánto descansaba él mismo en su sabiduría, todo esto bastaría para hacernos incapaces de reconocer dignamente las obligaciones que hemos contraído con esta Reina de los ángeles y de los hombres.

Lo que lleva al colmo sus beneficios y nuestra deuda son los dolores que ella sufrió por nosotros, y el amor con el que los soportó. Se los compara de ordinario con la extensión y la inmensidad del océano, pero su amargura no tiene nada que le sea comparable. Segunda Eva, mucho más digna de ese nombre que la primera, ella fue dada como ayuda y como compañera a Adán, y nos dio a luz en las lágrimas, pagando así a la justicia divina las deudas que ella no había contraído. Madre de dolores, sufrió todo lo que sufrió su Hijo, lo sufrió junto con él, como él, y, en proporción, tanto como él. Fue esa mujer fuerte de la que el Espíritu Santo nos ha trazado el retrato; ella ha considerado el campo fértil de la Iglesia, lo ha comprado, y con el fruto de sus manos ha plantado la viña, la ha cercado con indomable coraje y ha fortalecido su brazo. (Prov. 31, 16,17).

¿Qué le daremos por todos los bienes que de ella hemos recibido? ¿Cómo le manifestaremos nuestra gratitud? Ella pide una sola cosa, y es que amemos a su divino Hijo, que la consideremos a ella misma como a nuestra Madre, y que en todo tiempo recurramos a su bondad. Sus manos están plenas de larguezas; ella espera que no la obligemos por nuestra indiferencia y nuestra ingratitud a mantenerlas cerradas por más tiempo. Qué justo es excitar en nosotros vivos sentimientos de ternura, de compasión y de amor a la vista de lo que ella ha soportado por nosotros. ¡Oh Dios! qué cara ha costado nuestra salvación a su corazón maternal. ¡Le ha costado toda la sangre de su Hijo!

VIRTUD

El celo por las almas a ejemplo de María.

Las almas son infinitamente queridas a Jesucristo; en consecuencia, deben sernos también extremadamente queridas. Es nuestra vocación salvarlas; debemos tener a pecho sus intereses, más que otros. Si no podemos hacer otra cosa por ellas, ayudémoslas por lo menos por nuestro buen ejemplo, por nuestras oraciones, por nuestras comuniones. Es incluso preciso que el deseo de serles más útiles redoble nuestro ardor en la búsqueda de la perfección.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Ved que no he trabajado para mí solo, sino para todos los que buscan la verdad.” (Eccl. 24,47)

Nadie pudo jamás apropiarse esas palabras de la Sabiduría encarnada con tanta verdad y justicia como María. Todos sus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, todo en ella, como en Jesucristo, ha sido referido a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Por eso nos ha dejado un tesoro inmenso de méritos. Ese tesoro es nuestro, si lo queremos. Por medio de una verdadera devoción hacia ella podemos, en cierta manera, apropiárnoslo.

Sí, si somos sinceros con Dios, si tratamos de servirle en espíritu y en verdad, María nos obtendrá una multitud de gracias preciosas, pues no hay persona que no le deba toda clase de bendiciones. Hay que decir sin embargo que ella es más liberal con los que son más atentos a recomendarse a su protección y que recurren a ella con sencillez y rectitud de corazón.; ella ama sobre todo esas virtudes que imprimen en sus hijos cierta lejana semejanza con ella misma.

ORACION

Oh María, la multitud y la excelencia de vuestros beneficios, tantos dolores soportados por nosotros, muestran con brillo cuanto nos habéis amado y penetran nuestros corazones de la más profunda gratitud. Os debemos la vida, os debemos incluso infinitamente más que la vida, pues os debemos a Jesús y todos los bienes que recibimos de Jesús y por Jesús. Qué confusión para nosotros haber hasta ahora reconocido tan mal tanta generosidad y habernos mostrado tan ingratos. Pero también, cuánta razón para tener confianza y contar siempre con una acogida favorable. ¿Podríais olvidar a los que tanto habéis amado y colocado a tan alto valor? Nos refugiamos bajo vuestra protección; defendednos del furor de nuestros enemigos; dadnos vivir de tal manera que los testimonios de nuestra gratitud hacia vuestro divino Hijo y hacia vos misma brillen a los ojos de todos los hombres; obtenednos sobre todo el celo de las almas, de esas almas por las cuales habéis querido hacer y sufrir tanto. Así sea.

SEXTO DIA

María sola entre todas las creaturas cumple perfectamente los planes de Dios en sus comunicaciones al exterior; su fidelidad es un modelo que debemos imitar constantemente.

Los designios de Dios no hubieran sido cumplidos perfectamente sin la respuesta que le dio María en su propio nombre y en nombre de todas las puras creaturas. Es verdad, los homenajes de Jesucristo, Dios y Hombre, bastaban para glorificarlo como merece, pero Jesucristo mismo es un nuevo beneficio del Padre, el que reclamaba a su vez la gratitud. Era conveniente que una simple creatura pudiera pagar, por todas las otras, a la Humanidad deificada, el tributo que esta Humanidad tenía derecho a esperar. Los ángeles, por nobles que fuesen, no eran capaces de hacerlo. Se precisaba a la Reina de los ángeles y de los hombres. Ella sola, debido a la preeminencia soberana de su dignidad, estaba en condiciones de satisfacer esta obligación. Su respuesta fue plena y entera.

Al verla, el Hombre-Dios fue recompensado de todas las penas y de todos los trabajos que había emprendido para la salvación del mundo, y consolado por la frialdad y la ingratitud de tan gran número de hombres, y se alegró de haber descendido de los cielos y haberse revestido de una carne pasible y mortal. María sola le dio más gloria que la que le habían quitado y le quitarían por sus pecados todos los ángeles rebeldes y prevaricadores, aunque fuesen multiplicados como al infinito.

Desde su concepción inmaculada hasta su glorioso tránsito, no hubo un momento en que Dios no le prodigara sus más preciosos favores, e igualmente no hubo un momento en que María no respondiera a esos favores en toda su plenitud, dando a cada uno de sus actos toda la perfección de que eran capaces, y por el fervor que desplegaba en el cumplimiento de los más mínimos, mereciendo incomparablemente más de lo que podemos comprender.

Esforcémonos en imitarla, según la medida y la extensión de la gracia que nos es dada; pidámosle que nos forme ella misma en la práctica de las virtudes y que nos obtenga de preferencia las que son más queridas a su corazón.

VIRTUD

La cooperación a la gracia de Dios, a ejemplo de María.

María no recibió jamás ninguna gracia que ella no hiciera valer al céntuplo. Toda la economía de la perfección consiste en esta cooperación. Si somos fieles en hacer fructificar los dones de Dios y no perder nada de ellos, alcanzaremos en poco tiempo una gran santidad; por el contrario, una sola gracia descuidada puede convertirse en causa de ruina.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“El Señor ama más las puertas de Sión que todas las tiendas de Jacob.” (S.86,2)

María es esa ciudad bienamada cuyos fundamentos reposan sobre las santas montañas, porque ella domina las santidades más eminentes. Por eso el Señor ama más las puertas de Sión que las tiendas de Jacob. El ha escogido esta ciudad para hacer en ella su morada, y se complace en ella más que en ningún otro lugar del mundo, por brillante y magnífico que pueda ser. Sus menores encantos han sido más poderosos sobre su corazón que las más deslumbrantes bellezas de todo el resto de las creaturas.

“Como es el lirio entre las espinas, así es mi bienamada entre las jóvenes”.

Antes era el profeta quien exaltaba el amor de Dios y la grandeza de María. Aquí, es Dios mismo quien celebra su propio amor, y lo hace en términos aún más expresivos.

Ciertamente, hay muchas almas sobre la tierra que son verdaderamente bellas y agradables ante él, en el cielo puede contar con millones de ángeles cuya pureza jamás ha sido opacada por la menor mancha, servidores siempre fieles y ardiendo de amor; sin ninguna duda, es un espectáculo delicioso a sus miradas. Sin embargo, el amor que tiene por tantos justos parece desvanecerse si se le compara con el que tiene a María; todos sus encantos se eclipsan ante los de esta Virgen; María es un lirio muy hermoso y muy suave que ha encantado todos sus afectos y todos sus pensamientos. Así cuando un hombre es poseído por un violento amor, nada le parece hermoso y amable sino el objeto de su amor. Pero lo que en el hombre es pasión ciega en Jesucristo es el efecto de una suprema sabiduría y del perfecto conocimiento que tiene de la excelencia de su Madre.

ORACION

Qué grande y admirable espectáculo, oh María! Dios derramando continuamente nuevas gracias en vuestra alma, y vos, como una fiel ecónoma, perpetuamente solícita a devolverle en retorno toda la gratitud de la que sois capaz; Dios complaciéndose en elevaros sin cesar por encima de todas las creaturas, y vos siempre atenta a anonadaros delante de él y a abajaros al último lugar.

¡Bienaventuradas las almas que se esfuerzan por imitaros! ¡Qué ricos seríamos a esta hora si siempre hubiéramos usado perfectamente de la gracia! Pues la falta de correspondencia es la única cosa que le impide multiplicarse continuamente en nosotros. Oh Virgen bendita, obtenednos esa fidelidad generosa que es tan necesaria y que hemos descuidado tanto. Haced que en adelante prestemos oído a las inspiraciones de lo alto y que acomodemos a ella nuestra vida con prontitud y un gozoso impulso. Os lo pedimos con la más

viva insistencia, y para obtenerla no hay nada que no estemos dispuestos a hacer. Escuchadnos. Así sea.

SEPTIMO DIA

La gloria de María es superior a la de todas las puras creaturas; en el cielo ella es objeto de admiración para todos los bienaventurados.

El menos grande de todos los bienaventurados está en posesión de una gloria que nos es imposible concebir. De esta consideración elevémonos como por grados hasta la más sublime de las jerarquías celestiales y a los coros de los serafines que tocan de más cerca a la divinidad.

Es una multitud innumerable que se despliega delante de nosotros, y la gloria de cada uno de esos bienaventurados nos aparece como infinita. A medida que nos acercamos al trono del Altísimo se descubren a nuestras miradas nuevos esplendores. Un solo grado de gloria basta para poner un intervalo inmenso entre un santo y otro santo, y esos grados se cuentan por millones de millones.

¿Cuál sería pues la gloria de María, cuando incluso sin salir del orden común de los demás bienaventurados ocuparía sólo el primer lugar? ¿no sería suficiente para excitar nuestra admiración y lanzarnos en el asombro? Pero no está permitido detenerse en ese punto. Para medir la gloria de María se precisa una regla que le pertenezca exclusivamente.: esa regla es la misma gloria de su Hijo. Ella está sentada con él sobre un mismo trono. Reunid en un mismo haz irradiante la gloria de los ángeles y de los hombres, multiplicad esa gloria un millar de veces, aún no tendréis la gloria de María. Es una Reina; es la Madre, la Hija, la Esposa del Altísimo; los santos son sólo sus servidores y sus sujetos.

La Iglesia, fiel imagen de la Jerusalén celestial, nos ofrece incluso aquí abajo una representación de lo que pasa en lo alto. Ved, en efecto. Instruida y dirigida por el Espíritu Santo, ella rinde a María un culto especial que sólo a ella pertenece. Ella se contenta con implorar la intercesión de los otros santos, pero pide directamente a María las gracias que son necesarias para sus hijos. Se dirige a ella como a una Reina que el soberano Dueño y distribuidor de todos los bienes ha establecido sobre sus tesoros. Escuchad los nombres que le da: es la Madre de misericordia, es su vida, su dulzura, su esperanza.

Sería un gran error nuestro si pensáramos que desagradamos a los santos o que les hacemos injuria al exaltar a María por encima de ellos. Ellos son más celosos de su gloria que de la propia. En ese santuario bienaventurado de la caridad ellos aman todo en Dios y como Dios, y por eso su amor por María es muy superior al que tienen por ellos mismos.

VIRTUD

La humildad a ejemplo de María.

En María se ha verificado en toda su plenitud la palabra de Nuestro Señor: *“El que se humilla será exaltado”* María se ha humillado por debajo de todas las creaturas y así ha merecido ser exaltada por encima de todas las creaturas. Deseemos ser glorificados más tarde, deseemos ser menospreciados ahora y ver que todo el mundo nos sea preferido.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“La Reina está de pie a su derecha, llevando un vestido enriquecido con oro y adornado con variados adornos.” (S. 64,10)

En los versículos precedentes, el salmista ha descrito la grandeza y la belleza de Jesucristo; ha celebrado su trono establecido por los siglos de los siglos, su cetro todopoderoso, la mirra y las plantas embalsamadas que perfuman sus vestiduras; habla aquí del admirable instrumento por el cual innumerables bienes han sido comunicados al mundo; él canta la gloria de María.

La saluda primero con el nombre de Reina compartiendo el trono del Rey supremo: ella está de pie, pronta a interceder a favor nuestro; está a su derecha, del lado de la misericordia, para que sus oraciones estén aseguradas de ser escuchadas. Su vestido está enriquecido con oro y no de oro puro, porque ella no tiene en sí misma el ser divino. Esta variedad que la rodea son los divinos ornamentos con los que ella está adornada, su corona, su cetro, su manto de púrpura; son las mil virtudes que embellecen su alma y realzan su brillo; por fin, son los diferentes órdenes de los bienaventurados que son deudores de su felicidad a sus oraciones y a su protección.

ORACION

Oh María, sois la Reina del cielo y en esta calidad sois exaltada muy alto por encima de todas las legiones de los ángeles y de los santos; sois alabada, reverenciada, admirada por todos; no veis por encima de vos sino sólo a Aquel que quiso tomar carne en vuestras castas entrañas. La fe nos enseña todo esto y lo creemos firmemente, pero ¡qué lejos estamos de comprenderlo como es debido, nosotros que no llegamos a formarnos una idea del menor grado de gloria! Si estuviéramos mejor instruidos, ¡cuáles serían nuestros transportes de admiración! Con qué respeto nos presentaríamos delante de vos, pues el simple brillo exterior de una grandeza terrestre basta para llenarnos de respeto, y a veces sentimos espanto frente a un hombre pasible y mortal como nosotros.

Vuestra majestad no aparece a nuestros ojos, ¿es por eso menos digna de veneración? En adelante, formo el propósito, tendré por vos el respeto que merece la Reina del cielo y de todas las cosas creadas. Perdonadme mis irreverencias pasadas. En nombre de esta gloria y de esta soberana elevación, que son la justa recompensa de vuestros méritos y de vuestra humildad, obtenedme imitaros en el desprecio de mí mismo y salir así del miserable estado de abyección en el que me han hecho descender mi orgullo y mis pecados. Así sea.

OCTAVO DIA

El poder de María es igual a su dignidad; es para todos los hombres un gran motivo de confianza.

El nombre de Reina no es en María un simple título de honor; todo obedece a su voz; el universo está lleno de las obras de su poder. Ella conoce en Dios todas nuestras necesidades, y si hacemos subir hasta su trono nuestros gritos, ella los escucha. La multitud de nuestras súplicas no la turba; el número y la grandeza de sus beneficios no la agotan. A cada hora y en mil lugares a la vez ella opera prodigios de misericordia; consuela a los afligidos, acude en ayuda de los que perecen, los salva del peligro y con frecuencia hace huir la muerte misma en el momento en que se creía más segura de su presa. Ella ilumina, vuelve al camino. Fortalece a los que la invocan; dispersa a los enemigos invisibles, desvía sus dardos, descubre sus trampas, arranca a sus hijos de su furor, cura sus heridas y los devuelve a la vida.

¡Bienaventurados somos por tener tal Reina! *“Ella es terrible como un ejército ordenado en batalla”* (Cantar 6,9), pero solamente con aquellos que nos hacen la guerra. Pues para sus servidores que colocan en ella su confianza y se esfuerzan por merecer su amor, ella es la Madre más tierna y compasiva, y si les hace sentir su grandeza y el brillo de su poder es únicamente por la grandeza y el número de sus beneficios.

VIRTUD

La Esperanza y la Confianza a ejemplo de María.

Por las gracias que recibió María podemos juzgar cuán perfectas fueron en ella estas virtudes. Practiquémoslas a ejemplo suyo y que nada sea jamás capaz de debilitarlas en nosotros. Abandonarse a la desconfianza, por poco que sea, es hacer injuria al mismo tiempo a la misericordia de Dios, a los méritos de Jesucristo y al poder de María.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Conmigo están las riquezas y la gloria, la magnificencia y la justicia” (Prov.8,18)

Estas palabras de la Sabiduría convienen principalmente a Jesucristo, pero también se puede muy justamente aplicarlas a María, pues ella es su más fiel imagen y comparte sus perfecciones y su poder, en toda la medida que es compatible con la condición de simple creatura.

La riqueza y la gloria de las que habla aquí la Sabiduría son los bienes de la tierra, si se quiere, pues está también en el poder de María disponer de ellas como le agrade, pero digamos de inmediato que ese sentido es muy bajo y muy indigno de ella; no nos detengamos más en eso. María concede a sus favoritos una gracia mucho más excelente; les inspira por esos bienes percibibles el mismo desprecio que ella tuvo y que orientó sus preferencias a una vida de pobreza y de abyección.

Esas riquezas son, en consecuencia, riquezas espirituales, es decir, los tesoros de la gracia y los beneficios de lo alto. Esta gloria es la de un alma pura, embellecida por la virtud y agradable a los ojos de Dios.

Esta magnificencia son los méritos singulares y considerables que elevan un alma al nivel de los más grandes santos y hacen de ella un instrumento de salvación para un gran número.

Esta justicia es el perfecto cumplimiento de la ley, que abarca todos nuestros deberes con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos; es también la corona que será en el cielo la recompensa de nuestra fidelidad. Esos son los bienes que son dignos del poder de María y los que nosotros debemos obtener por su intercesión.

ORACION

Nuestra confianza en vos, oh María, nunca podría ser demasiado grande, a no ser que degenerare en una vana e injuriosa presunción. Es también muy gloriosa a Jesucristo y muy conforme a su voluntad, pues al entregar tan grande poder entre vuestras manos maternas ha dado a entender claramente que quería vernos ir a vos con seguridad, en todas nuestras necesidades. En consecuencia es a él a quien honramos en vos, confesando que de él y por él habéis recibido todas las cosas.

Venimos a vos, y prosternados a vuestros pies, oh poderosísima Reina y muy misericordiosa Madre, con toda la confianza de la que somos capaces, os conjuramos a usar a favor nuestro esa autoridad que os ha sido concedida para el bien y para la felicidad de todas las creaturas. Lo que ahora os pedimos es estar tan firmemente establecidos en la esperanza cristiana y en la confianza que jamás, ni por la malicia del demonio, lleguemos a dudar de la misericordia de Dios. Haced también que evitemos el escollo de la presunción, esperando todo sólo de los méritos de Jesucristo y del poder de vuestro sufragio. Así sea.

NOVENO DIA

La felicidad inefable de María; ella es una causa de gran gozo para todos sus servidores.

El amor de Dios por María y el amor de María por Dios, tal es la medida de la felicidad de nuestra Madre. ¿Qué caricias podría rehusar el Espíritu Santo a su Esposa, el Padre a su Hija amada, el Hijo a su Madre? ¿A quién podrían darse los favores y las delicias que no se concedieran a María? Todos los tesoros de la divinidad le están abiertos, Ella descubre en Dios más perfección que todo el resto de los elegidos, y ninguna felicidad de los santos iguala la de esta visión admirable. Hacia esta ciudad mística dirige primero su curso impetuoso el torrente de las voluptuosidades eternas; la inunda por así decir, se precipita en su corazón con una plenitud que ningún otro corazón sería capaz de contener.

¡Oh! Cuándo vendrá la hora en la que, llevados a la mansión de la gloria en las manos de María podamos contemplar su triunfo, unir nuestras voces a las de todos los espíritus celestiales y proclamarla bienaventurada! ¡Muy afortunadas las almas que serán testigos de esta felicidad y que la compartirán! En la espera, excitemos nuestro celo a favor de nuestros

hermanos detenidos todavía en los fuegos del purgatorio, y trabajemos con todas nuestras fuerzas para procurarles el espectáculo de esas inefables maravillas. Nosotros, en nuestro exilio, no carecemos de consolaciones; podemos hacer servir su duración para el acrecentamiento de nuestra gloria futura. Pero las almas del purgatorio no tienen ese alivio; sus sufrimientos son puras penas, sin otra mezcla de mérito.

Vayamos pues juntos a la Madre de misericordia y conjurémosla a desplegar las riquezas de su clemencia a favor de esas almas infortunadas. ¿Sería posible que el día de su triunfo y de su gloria fuera un día de lágrimas para algunos de sus hijos? Pidámosle que seque para siempre esa fuente, que extinga las llamas que los consumen y que los lleve victoriosos al cielo, para celebrar allí en la alegría la fiesta de su liberadora y de su Madre.

VIRTUD

El amor a Dios a ejemplo de María.

María amaba a Dios con un amor puro, ardiente, generoso; ella pensaba sólo en El, no suspiraba sino por la felicidad de poseerlo. Amémoslo tanto como sea posible con el mismo amor; que El sea el único objeto de nuestros pensamientos y de nuestros deseos.

SENTENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA APLICADA POR LA IGLESIA A MARIA

“Un río de gozo inunda la ciudad de Dios.” S.14,5.

Existe una tan grande semejanza y una tal analogía entre la Iglesia y María que la mayoría de las propiedades y de las figuras que convienen a la primera convienen igualmente a la segunda. Tenemos un ejemplo en este texto de los salmos. María, no menos que la Iglesia, es la Ciudad de Dios de la que habla aquí el profeta, y de la que trata en muchos otros lugares de la Escritura, especialmente en el 21^{er} capítulo del Apocalipsis, en el que se hace de ella una exacta descripción.

El nombre de ciudad expresa maravillosamente su grandeza, su magnificencia, la abundancia de los bienes que todo el mundo encuentra en ella. Como es Dios mismo quien puso los fundamentos y quien la adornó con un esplendor digno del lugar que se había escogido para hacer de él su principal morada, ella se llama con justicia la Ciudad de Dios.

María es más que una ciudad; ella es un cielo en el que están reunidas todas las maravillas, Dios toma sus delicias en esa obra maestra de sus manos, y la hace participar a la vez de sus propias delicias. Las alegrías divinas entran en el corazón de esta purísima creatura con tal profusión que la felicidad de todos los demás habitantes de la Jerusalén celestial puesta en frente de la suya no es más que un débil arroyo comparado a un río inmenso de aguas anchas y profundas.

ORACION

Oh la más pura y la más santa de las creaturas, bienaventurada María, vos conocéis nuestras miserias; de lo alto del cielo vos veis el peligro de ofender a Dios al que estamos sin cesar expuestos en nuestro exilio; nosotros gemimos bajo el peso de nuestra carga. Deseamos

contemplanos, oh Madre, y en vuestra compañía alabar para siempre a vuestro divino Hijo, nuestro Señor y nuestro Dios. Nuestros deseos no serán pronto cumplidos.

Si nuestra felicidad debe ser diferida aún, por lo menos que una firme esperanza nos consuele y que caminemos siempre por las sendas que conducen a ese término feliz. Sostened nuestra debilidad, a fin de que evitemos toda caída y todo error. Inspirad a nuestros corazones el desprecio a las vanas alegrías del mundo, dadnos el deseo de las alegrías sólidas de la eternidad y la posesión de Dios mismo. Que el amor sea nuestra vida; que nuestra vida se consuma en el amor, a fin de que la muerte nos reúna a vos y nos introduzca con vos en el gozo del Señor. Así sea.

* * * * *